



LA MUERTE CRISTIANA

MEDIOS PARA ASEGURARSE LA GRACIA DE UNA BUENA MUERTE

PRIMER MEDIO

Prepararse á tiempo para morir

LA muerte es inevitable; nadie ignora ni pone en duda esta verdad; y sin embargo, la mayoría de los humanos cuidanse muy poco de formarse una justa idea de la muerte y de apreciar sus consecuencias. Mas ¿qué es morir? Morir es caer en ese aislamiento absoluto en donde todo nos deja y en donde nosotros mismos lo dejamos todo; pues, en efecto, la muerte nos priva de nuestros honores y de nuestros placeres, y nos separa de nuestros amigos y de nuestra fortuna. Morir es sucumbir bajo las an-

gustias de los dolores del cuerpo, mientras que enemigos encarnizados rodean y asaltan nuestra alma; es sostener contra el más temible adversario, con fuerzas debilitadas y con un valor que se extingue, el combate decisivo y del cual depende nuestra salvación. Morir es, en fin, entrar en la eternidad, en la eternidad dichosa ó desgraciada, y cualquiera que sea, entrar en ella para permanecer allí para siempre.

¡Horroroso pensamiento! ¡a la hora en que yo expire, se trata para mí de la posesión ó de la pérdida eterna de Dios, de la felicidad ó de la condenación eterna de mi alma; se trata de mi asiento en el cielo ó de mi caída en el infierno por toda la eternidad! ¡Oh momento verdaderamente terrible! Mas ¿qué deducir de esos principios? Que la muerte es un asunto de la más alta importancia y digno de toda nuestra atención y de todos nuestros cuidados; que nosotros debemos únicamente aplicarnos á bien morir; y por consiguiente, evitar todo lo que puede hacer desgraciada nuestra salida de este mundo, y tomar todos los medios para tener un fin dichoso.

Mas, sepámoslo; nuestra muerte será dichosa ó desgraciada según nuestra aplicación ó nuestra negligencia en prepararnos para ella con anticipación.

Porque, en el orden de la divina Providencia, una buena muerte depende de una buena preparación, y á este cuidado atento, á esta religiosa fidelidad con la cual se prepara el alma para la muerte, es á la que Dios, aplicando cualquiera de sus admirables decretos, concede muchas veces el beneficio de la perseverancia final. Deduzcamos de este principio que no hay obligación más estrecha, más esencial, que la de comenzar con tiempo á prepararnos para la muerte; que necesariamente nuestra primera ocupación en esta vida, el fin más legítimo de todas nuestras acciones y de todos nuestros esfuerzos, es el morir bien preparados. En efecto: si nos hemos dispuesto para la muerte, hemos trabajado suficientemente, aunque no hayamos hecho otra cosa en todo el resto de nuestra vida. Mas, si hemos descuidado esta preparación, por muchas que sean las obras de que nuestros días estén llenos, aunque hubiésemos arreglado los intereses de los pueblos y de los príncipes, nada habremos hecho, porque habremos olvidado un deber comparado con el cual todo otro cuidado no es más que bagatela y juego de niños.

No obstante, ¿cuántos hombres saben aprovechar estas reflexiones? Hoy vemos llevar á uno al sepulcro; mañana irá otro;

ya sabemos que nuestro turno debe llegar; y creemos que la muerte es el acto supremo que merece ocuparnos durante toda nuestra vida; confesamos que nunca sabríamos prepararnos bien para ella; todos tememos ser sorprendidos por una muerte inesperada; y gemimos y temblamos por la suerte de aquellos cuyo fin ha sido súbito é imprevisto.

Sin embargo, ¿quién de nosotros se dispone para la muerte? La muerte es el centro de donde parte el rayo que termina en la circunferencia del círculo de la eternidad, y nadie procura trazar esta línea con la rectitud inflexible que se impone. La muerte es la puerta que nos introduce en la mansión de la inmortalidad, cuya duración no tiene límites y que carece de fin; es el paso de esta vida á la otra; y ¡á qué otra vida! ¡oh Dios mío! Sin embargo, algunos apenas piensan en prepararse para este terrible paso. Jesucristo nos dirige las siguientes caritativas advertencias: "*Estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá á la hora en que menos lo penséis.*"¹ Los santos nos previenen que la muerte está siempre al lado de los ancianos y que extiende sus redes bajo los pasos de los jóvenes. La fe nos enseña que nadie tie-

¹ Luc. 12 40-2.

ne un instante de vida seguro. La experiencia nos dicta que los golpes más inesperados llevan frecuentemente el duelo aun á las filas de la infancia. Por último, la razón nos demuestra que no conviene abandonar nada al acaso en un asunto tan importante; mas, sordos á tantas lecciones, vivimos como si no debiéramos morir nunca, ó como si hubiésemos de morir en absoluto. Y este desorden, esta vida descuidada, no es á los idólatras, no es á los desgraciados salvajes del desierto á quienes se ha de reprochar, sino á los cristianos que, *alimentados con las palabras de la fe*,¹ creen que deben morir y ser juzgados y salvados ó condenados para siempre, y también á los religiosos cuya vida, aun cuando no fuese más que á causa de su profesión, debiera sólo ser una continua preparación para la muerte.

Esta grave é imperdonable negligencia de nuestra salvación es sin disputa uno de los principales obstáculos para la gracia de una buena muerte. Proviene ordinariamente de una de estas dos causas: ó de que no creemos que sea tan necesario prepararnos con tanto tiempo para la muerte, ó de que esperamos siempre tener lugar de hacerlo. A fin de

¹ Tim 4, 6

disipar este doble error, y de encontrar en la verdad opuesta un poderoso medio para ayudarnos á conseguir una buena muerte, consideremos cuán necesario es, en primer término, prepararnos para bien morir, y hacerlo, por otra parte, inmediatamente, sin más tardanza.

ARTICULO PRIMERO

NECESIDAD DE PREPARARSE PARA LA MUERTE.

Todos tenemos necesidad urgente de prepararnos para la muerte; los motivos de esto son: la incertidumbre de la hora de la muerte, la eternidad que comienza en ese fatal instante y el rigor del juicio que le sigue. Habrá un último mes, una semana, un día, una hora última en la cual terminará vuestra vida: esto es cierto. Mas ¿á qué hora, en qué día, en qué semana y en qué mes se morirá? Todos lo ignoramos. *“Este momento—dice San Agustín—no nos es revelado, á fin de que siempre estemos dispuestos para morir.”*¹

Y pues cada día puede no tener mañana para nosotros, es muy necesario que estemos preparados para morir todos los días.

¹ Serm. Sal. 101.

San Bernardo nos asegura *que sobre el mar tempestuoso del mundo apenas hay un alma, por cada cuatro, que escape del triste naufragio de la gracia*, en la hora de la muerte en que es irreparable. Bien sabia el Santo que el gran viaje de la eternidad en medio de las olas tumultuosas de la vida no ofrece más que una navegación incierta y sembrada de escollos. ¡Cuánta necesidad no tenemos, pues, de tomar con anticipación seguras precauciones para hacer esta peligrosa travesía; porque el término á que conduce es la eternidad, la eternidad de goces ó la eternidad de suplicios, la prisión donde arde un fuego que no se extingue jamás ó la mansión de la incomparable felicidad! ¡Oh eternidad! ¡oh palabra que no debiera nunca salir de la memoria! El imprudente que la oye y descuida prepararse para la muerte, merece ser sometido á un terrible juicio.

Del rigor de ese juicio resulta la evidente necesidad de la preparación para la muerte: vuestra misma conciencia os va á convencer de ello. Responded: si debieseis ahora salir de esta vida para comparecer ante el tribunal de Dios, ¿estaríais preparado? Si á la hora en que yo os pregunto fueseis citado ante esos temibles tribunales, ¿estaríais pronto?...

¿Lo veis? ¡No tenéis nada que decir! ¡tembláis! Pues ¿qué temeridad no será vivir un solo momento en un estado en que no querriais ser juzgado? Sabéis que podéis morir á cada instante; confesáis que si fuese necesario morir en este momento no estariais preparado para dar cuenta de vuestra alma, y sin embargo no os preparais aún!

Inmediatamente después de vuestra muerte sereis juzgado. El castigo que se trata de evitar ó de merecer en ese juicio es el más horroroso de todos los males, un mal eterno é irreparable. La sentencia que se dé será definitiva, irrevocable, sin apelación y ejecutada al punto. El estado de vuestra alma es dudoso, porque estais seguro de haber pecado, mas ignorais si habeis tenido un verdadero arrepentimiento. ¡Y con tal incertidumbre apareciereis en el tribunal en donde *el que juzga es el Señor*, el Señor á quien nada está oculto, el Dios todo poderoso é inexorable! ¡Y osais afrontar este juicio sin estar preparado! ¡Ah! ¡comprendamos que es una necesidad urgente para todos, sean justos ó pecadores, el prevenir la muerte por una diligente preparación!

Si sois pecador, preparaos para la muerte, porque si morís en vuestro pecado, vuestra alma se pierde para siem-

pre: este es un dogma de fe. Si sois justo, preparaos también; porque ¿de qué sirve haber vivido bien, si se muere mal? Todo se pierde con una mala muerte, pues que ésta destruye en un instante toda la santidad y los méritos de una larga y austera penitencia; y no obstante es muy cierto que un siglo entero pasado en los ejercicios de la vida más virtuosa, no da al hombre la completa seguridad de tener una buena muerte. Aunque se haya llegado á una muy elevada perfección, se puede aún pecar mientras se vive en este mundo y hasta llegar el último suspiro, y muriendo en tal pecado perderse para siempre. *Los juicios de Dios son un abismo profundo*¹. El soldado compañero de los cuarenta generosos atletas de Sebaste, cuya memoria honra la Iglesia el diez de Marzo, sufrió al principio con ellos un largo martirio en un estanque helado; mas, estando para consumir su sacrificio, traicionó vergonzosamente su fe y perdió su alma. Se lee en la historia del Japón que dos sacerdotes infieles, después de haber soportado durante muchas horas el ser quemados á fuego lento en defensa de la fe, apostataron al fin, y á pesar de su apostasia fueron en-

¹ Fil. 2. 12.

tregados por el tirano al furor de las llamas ya encendidas; y murieron desertores de la religión aquellos que, con el mismo tormento, podían haber sido mártires. Judas concluyó por ahorcarse, desesperando de su salvación, después de haber vivido largo tiempo como santo en compañía de los apóstoles. ¡Tristes ejemplos en los cuales vemos á esos desgraciados perder todo el fruto de su santidad anterior y terminar su vida por una caída espantosa! Arden actualmente en el infierno, y arderán allí siempre, mientras que en su lugar otros brillan en sus tronos y son adornados con sus coronas en el cielo. No, ni aun los justos tienen segura una buena muerte, si no se aplican á obtenerla de Dios por una cuidadosa preparación. La gracia de la perseverancia final no está prometida á ningún grado de perfección, por muy sublime que sea; no está prometida ni aun á la virtud más pura, á fin de que *obremos siempre nuestra salvación con temor y temblando*. He aquí por qué Jesucristo repite con tanta instancia á sus apóstoles: «*Estad preparados, velad y orad*»¹. Aunque seáis justo, preparaos, pues, para la muerte. Y no es esto todo: cuanto más santamente hayais vi-

¹ Marc. 13. 33

vido, más debéis temer el descuidar esta preparación y morir mal. Cuantos más méritos hayais adquirido durante vuestra vida, más os importa morir bien. ¿De qué le sirven á un negociante las ganancias que á fuerza de penas y cuidados ha atesorado en medio siglo de comercio siempre afortunado, si naufraga y pierde todos sus bienes en el puerto mismo de su patria? ¿De qué le sirve á un cristiano el haber amontonado en el curso de su vida inmensos tesoros de méritos, si los pierde en seguida por una mala muerte? Pero, si la preparación para morir es de tal modo necesaria á los justos, ¿cuánto más no ha de serlo para los pecadores? Si los santos tienen que temer un fin desgraciado, ¿qué no deben temer los pecadores, los tibios, y los indiferentes que no piensan jamás en la muerte, ó que no piensan en ella sino como en un acontecimiento en cierto modo extraño para ellos?

No hay escape: ó los santos se han engañado ó nosotros estamos en el error. Porque, si después de una vida tibia, ó pasada en las delicias, uno puede con confianza prometerse el morir bien, significa eso que los santos obedecieron á una ilusión verdaderamente lamentable cuando, poseídos del único deseo de una buena muerte, hicieron sufrir á su carne

con el ayuno, la disciplina y el cilicio; cuando, renunciando á todas las satisfacciones y á todas las ventajas de la vida, decidieron morir por el mundo y exponerse á la pobreza, el desprecio y las privaciones de la soledad. ¿De qué sirven, en efecto, tantas oraciones, suspiros y lágrimas? ¿Para qué esas vivas aprensiones de una mala muerte, esa solicitud continua para merecer un fin dichoso, si se puede morir santamente sin preparación y sin tantas precauciones y penas?

Nuestros parientes y amigos, nuestros hermanos y hermanas, dejan el mundo, se sepultan vivos en el claustro, afligen sus cuerpos con austeridades voluntarias, pasan su vida orando y mortificándose sin descanso, á fin de obtener una buena muerte; y no obstante, aún no se atreven á creerse con derecho á esta dicha, y después de una vida de heroica santidad, esperan la muerte con temor y temblorosos. Y nosotros, sin estar en modo alguno preparados de antemano para ese momento supremo, á pesar del desorden de una vida tibia y tal vez criminal, cegados por la temeridad, nos halagamos neciamente de morir bien. Después de esas consideraciones, juzgad si no hay, para todos los hombres sin excepción, una necesidad absoluta de prepararse para la eternidad; y gemid tam-

bién por el imperdonable desorden de aquellos que, sordos á tan poderosos motivos, no descuidan más que una cosa, la preparación para la muerte, y la descuidan en el momento mismo en que ponen tanto cuidado y una preparación tan esmerada en los negocios de este mundo.

Los atletas, antes de comenzar la lucha, pasan mucho tiempo probando sus fuerzas en ejercicios particulares, se preparan continuamente para el combate, y no se exponen á descender á la arena sino después de haber probado su resistencia. No obstante, no ambicionan más que *ganar una corona corruptible*¹. Y nosotros, al contrario, proponiéndonos una gloria incorruptible, imperecedera y eterna, somos tan temerarios que osamos luchar sin prepararnos contra toda una eternidad. Para pronunciar un discurso, desempeñar un papel en una obra escénica, sostener una tesis pública, ganar un proceso, para toda clase de negocios temporales, ¡cuántos cuidados, cuántas precauciones! todos los momentos son preciosos, y por mucho tiempo que uno tenga á su disposición, le parece siempre muy corto. Y para nuestra alma, ¡por Dios y por el cie-

¹ 1 Cor 9. 25.

lo, apenas si alzamos la mano! Sólo entonces se juzga que hay tiempo de sobra; y aunque la muerte sea la última y más importante acción de la vida, se pasan los años sin preocuparse de la hora crítica, que debe terminar su carrera. ¡Oh cielos! ¡sin una larga preparación no nos atreveríamos á salir á escena y figurar en una representación mundana, y afrontamos la muerte sin haber hecho nada para prepararnos para bien morir! ¡Desgraciados de nosotros! ¡los manjares groseros de la tierra obtienen antes nuestros deseos y nuestros cuidados que el banquete celestial, y más preparativos hacemos para un viaje de un día que para el gran viaje de toda la eternidad! Examinamos escrupulosamente los procesos de los otros, y descuidamos el examen de las cuentas de nuestra propia conciencia, aunque la pereza en este punto sea un mal sin remedio.

En cualquier otro asunto podemos corregir nuestros descuidos; mas, si no nos preparamos para bien morir, el mal es irreparable por toda la eternidad. *La muerte*, dice Plutarco, *no deja remedio á nuestros errores*. Si, ciertamente, si tenemos la desgracia de morir mal, la falta es irremediable, porque sólo una vez hemos de morir. De cualquier lado que el árbol caiga, allí permanecerá: allí

donde su peso le arrastre, su lugar será inmutable, ya sea al lado del norte ó del mediodía. Si pudiésemos morir dos veces no habria tanta imprudencia en exponerse en un primer ensayo al peligro de una mala muerte, porque á la segunda vez podríamos tomar mejor nuestras medidas. Mas no morimos sino una vez, y, si esta primera vez no morimos bien, el mal es irreparable, porque nuestra eternidad se decide y fija en el instante de la muerte. Nueva prueba de que es necesario prepararse para morir.

Reconocido está por nosotros... Y sin embargo, ¿qué es lo que hacemos? ¿Cómo nos preparamos para la muerte? Confémoslo: si estuviésemos seguros de no morir jamás, ó de morir muchas veces, ó de tener una buena muerte; si el dogma de la eternidad, del cielo y del infierno no fuese más que una pura invención, ¿viviríamos con más descuido de nuestra salvación? Si Jesucristo nos hubiese asegurado que ningún hombre saldría de este mundo sin ser advertido con mucha anticipación, sin estar bien preparado, sin haber puesto su conciencia en excelentes disposiciones; si hubiese prometido que tendríamos siempre el tiempo necesario para estos importantes preparativos, y que el último momento de nuestra vida estaria en nuestro

poder; ¿podríamos descuidar más el prepararnos para los ataques de la agonía?

No obstante, la Verdad eterna ha dicho todo lo contrario; y lo ha dicho con toda la autoridad de su veracidad infinita. Nosotros damos crédito á sus palabras; y sin embargo, ¿qué hacemos?

¡Imprudente! no estais preparado, no quereis morir hoy; y á pesar de todo hoy mismo podeis morir. Una congestión cerebral, un tiro de arma de fuego, una caída y otros mil accidentes imprevistos pueden determinar vuestra muerte; lo creeis así y no os preparais. ¡Pecador insensato! en el momento en que pecas puedes cesar de vivir; y si expiras en tu pecado, en el acto serás precipitado en el infierno; ¡lo crees, y sigues pecando! Si la muerte te sorprendiese en el estado en que vives actualmente, si te hiriese inesperadamente en la acción de tu crimen, quedarías perdido por toda la eternidad y caerías en el abismo de todos los tormentos. ¡Así lo crees, y no te duelen tus faltas! ¡y, culpable de pecado mortal, durante días y semanas enteras, juegas al borde mismo del infierno tus derechos á la herencia celestial! Si; somos ó herejes ó insensatos: herejes, si despreciamos esta doctrina; insensatos si, creyéndola, no nos apresuramos á prepararnos para la muerte. ¿No es, en

efecto, un culpable desorden, una locura digna de la prisión del infierno, el reconocer la indispensable necesidad de esta preparación; el no querer morir antes de estar preparado; el saber que podemos morir todos los días; estar intimamente convencido de ella, y no tener cuidado de prepararse? Que un salvaje ó un pagano, dormido en su ignorancia, viva sin pensar en la muerte, se puede fácilmente comprender. Mas no que el recuerdo de ese fatal momento no se presente jamás al pensamiento de un cristiano que ha recibido la luz de la fe; de un religioso que no ha hecho profesión, sino que á fin de poder, con esta separación del mundo, prepararse más seguramente para la muerte; semejante apatía manifiesta tal indiferencia por Dios, por el cielo, por la salvación, que una muerte inesperada y mala es el castigo merecido con que el Señor tiene derecho á responder á tan culpable descuido.

En efecto, nunca la divina justicia se manifiesta de una manera más temible que cuando, demorando su venganza hasta la última hora, se arma de la espada de su cólera, é hiriendo con toda la fuerza de su brazo, castiga, por la negativa de la gracia, de la perseverancia final, este imprudente olvido de la muerte, esta inexcusable negligencia en preparar-

se para ella. Mas, puesto que la gracia de la perseverancia final depende ordinariamente de nuestra fidelidad en prepararnos para bien morir, reconocamos cuán necesaria nos es esta disposición. Una preparación hecha con cuidado y en el tiempo conveniente es el medio más eficaz para asegurarse el beneficio de una buena muerte; mientras que la negligencia en prepararse es como el presagio casi cierto de un fin desgraciado. Si: tal como haya sido nuestra preparación, así será según toda probabilidad nuestra muerte. La eterna Verdad nos lo afirma: *Bienaventurados*, dice Jesucristo, *aquellos siervos á quienes el Señor hallare velando*, es decir, preparados, *cuando venga. Venga en la segunda vigilia*, en los días de su juventud, *ó venga en la vigilia tercera*, en el tiempo de su edad madura, *si los encuentra así preparados, bienaventurados serán esos siervos.*¹ Hé aquí, pues, la prueba, de que, en el orden de los decretos divinos, la gracia de una buena muerte depende del cuidado que ponemos en prepararnos para ella con anticipación.

Y la continuación de nuestro evangelio nos muestra con no menor evidencia que la condenación es como la conse-

¹ Luc. 12. 37.

cuencia inevitable del inexcusable olvido de la muerte y de nuestra negligencia en prevenirla por una seria preparación. "*Si este siervo*, continua Jesucristo, *se dice á sí mismo: mi Señor no vendrá pronto; y comienza á beber y á comer... el Señor de este siervo vendrá el día en que él no lo espera y á la hora que menos lo piense*; y, separándolo de los escogidos, *lo rechazará, y por su parte lo pondrá en el número de los infieles.*"¹ El Hijo de Dios confirma la misma enseñanza en la parábola de las diez vírgenes. Todas diez eran vírgenes, mas no todas fueron sabias, pues no todas supieron prepararse. Las vírgenes fatuas fueron excluidas del festin, porque descuidaron prepararse; mas las vírgenes sabias, preparadas con un cuidado extremo, fueron al punto admitidas. Porque, en efecto, la gracia de la perseverancia final era el fruto necesario de su vigilancia, aplicación y preparación. Así, Jesucristo completa nuestra instrucción por esta consecuencia, que saca de su doctrina: "*Velad, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa, si será por la tarde, ó á media noche, ó al amanecer, ó por la mañana, por miedo que, viniendo repentinamente, os encuentre*

¹ Luc. 12. 45

dormidos",¹ y os hiera con una muerte repentina.² Comprendiendo, pues, la necesidad de prepararnos para la muerte, pongamos todo nuestro esmero en cumplir este deber, y no seamos tan imprudentes y temerarios que demoremos esta preparación, si no queremos que la muerte nos sorprenda ó un golpe imprevisto nos lleve al sepulcro.

ARTÍCULO II

NO DEJAR DE UN DIA PARA OTRO LA PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

Bien conocemos la necesidad de prepararnos para la muerte; mas nos persuadimos de que siempre habrá tiempo para pensar en ella. Esperanza engañosa, cuya frágil base irá siendo puesta de manifiesto en el curso de este trabajo: veremos, pues, no solamente que es necesario prepararse para la muerte, sino también que es necesario prepararse sin tardanza. En efecto, es menester que un hombre haya perdido el sentido para demorar siempre el ocuparse seriamente de un negocio tan importante. Confesamos que la principal condición de una buena muerte es la buena preparación,

¹ Marc. 13. 35.

² Prov. 29. 1.

porque solamente serán llamados dichosos aquellos siervos á quienes su Señor encontrare velando cuando venga.¹ Convenimos en que no estamos seguros ni de un sólo día de vida y en que Dios, según la hermosa advertencia de San Gregorio, *ofreciendo el perdón al hombre penitente, no promete el día de mañana al pecador que lo retarda.*² Confesamos que podemos morir á cada instante, *que no estamos separados de la muerte más que un paso.*³ No tenemos certidumbre de vivir el día de mañana, y menos aún muchos años. La muerte herirá hoy y mañana á muchos hombres que se imaginaban estar distantes aún del término de su vida. Como ellos, podemos ser sorprendidos. ¡Qué temeridad, pues, qué deplorable locura, en el momento en que leemos esta advertencia, dejar de un día para otro nuestra preparación para la muerte!

Esta funesta demora en los cristianos á quienes engaña, me parece una conducta verdaderamente maquiavélica. Véase bien á continuación, como la santa Escritura me autoriza á dar contra ellos esta acusación: "*El tiempo de nues-*

¹ Luc., 12. 37.

² Homil. 12, sobre el Evang.

³ Reyes, 20. 3.